

Introducción

Cuando terminaba el año 2017 Juan Jesús Álvarez y Consuelo Martínez Moraga, responsables, respectivamente, de esta colección y de la Editorial UFV, me plantearon lo que entonces vi como un desafío: coordinar la publicación de un libro-homenaje a don Mario Hernández Sánchez-Barba. No podía negarme. Mientras me hablaban, se agolpaban en mi cabeza un gran número de profesores que, sin dudarlo, habrían participado: Pedro Borges, José Manuel Pérez-Prendes, Francisco Guerra, Cándido Pérez-Gállego, Juan Manzano y Manzano, Claudio Esteva Fabregat..., profesores y no profesores: Francisco Sanabria, Juan Batista, Sabino Fernández-Campos... Al tiempo que los recordaba, sabía que todos ellos ya habían fallecido. No seré prudente: la edad de Mario Hernández Sánchez-Barba nos ofrecía una carrera rica y plural, pero cerraba algunas puertas.

Si alguien podía echarme una mano eran Raúl Martín Berrio y Almudena Hernández. Podrían y lo hicieron encantados. Surgieron ideas, aparecieron nombres, circularon teléfonos y, en pocos días, estábamos en marcha. Hombres más jóvenes, en su mayoría, pero no menos interesantes que los arriba mencionados, se sumaron con agrado al proyecto. La intención era publicar una obra colectiva en donde amigos, colegas y discípulos reconocieran su magisterio, con el fin de exponer, en la medida de lo posible, toda la pluralidad del trabajo de Mario Hernández.

Cuando el objetivo parecía garantizado, Mariano Cuesta —a cada uno hay que reconocerle sus méritos— tuvo una idea: publicar algunos de sus textos más re-

presentativos. ¿Habría alguna forma mejor de reconocer su magisterio que rele-yéndole? ¿Habría algo más útil que recuperar su obra?

Alguien sensato habría ignorado la sugerencia del doctor Cuesta Domingo —nadie más la había oído— y se habría concentrado en el proyecto inicial. ¿Qué parte de esa ingente obra podía recopilarse? Comienza en 1949, antes de licenciarse, con *Historia de la civilización universal*, una breve síntesis prologada por Manuel Ballesteros y, setenta años después, continúa ampliándose. Recordé una conversación con don José Manuel Pérez-Prendes, en 1993, cuando me hablaba de que Mario —él si le llamaba así— debería recopilar sus obras completas. No hemos sido tan ambiciosos: una veintena de textos —a nuestro entender, su obra esencial— nos ha servido para presentar sus aportaciones teóricas; su concepción sobre la Historia y el «oficio» de historiador; sus principales intereses e, incluso, para reivindicar con sus palabras a la generación de 1955.

En definitiva, la buena disposición y la generosidad de muchos —comenzando por la editorial UFV— nos ha permitido publicar dos gruesos volúmenes: *El tiempo histórico de Mario Hernández Sánchez-Barba*, que recoge más de treinta heterogéneos textos a propósito de su trabajo, y *Generaciones y mentalidades. Estudios de teoría de la Historia*, esa obra esencial que ya hemos citado. Dos gruesos volúmenes, que, pese a sus dimensiones, solo permiten una aproximación a la obra intelectual y a la carrera profesional del profesor Hernández Sánchez-Barba.

Esto lo hemos llevado a cabo por una razón elemental: el agradecimiento.

«El agradecimiento es —escribe Mario Hernández Sánchez-Barba, en 2001, con motivo del vigésimo aniversario de *Quinto centenario/Mar Oceana*—, al mismo tiempo algo simple y, a la vez, hondo, en el conjunto de los sentimientos humanos. Y también extraordinariamente difícil de que se exprese. Si las cosas ocurren con normalidad, el hombre que siente agradecimiento se verá movido a expresarlo. El hombre agradecido experimenta la obligación de dar expresamente las gracias a quien ha hecho algo que puede considerarse bueno.»

No se puede expresar mejor y poco hay que añadir: cuando las cosas ocurren con normalidad, hay que dar las gracias a quien ha hecho algo bueno. En nuestro caso, a quien ha hecho bien su trabajo.

Los textos de este primer volumen —unos más largos, otros menos extensos; formales, académicos, amigables; unos profundamente originales, otros alejados de esta pretensión— no hablan de otra cosa. Durante más o menos años, la presencia de Mario Hernández se nos ha hecho cotidiana. Nos han acompañado sus

ideas y ha contribuido a un fructífero diálogo intelectual, del que todos hemos salido beneficiados.

Cada uno de nosotros le conoció en una circunstancia. Hemos sido discípulos, alumnos, compañeros, colegas..., pero lo que más veces he oído repetir a lo largo de los meses que me ha ocupado este trabajo ha sido: «Le considero mi amigo». Algo que no deja de resultar curioso porque era repetir lo evidente.

Hace muchos años, conversando con Mara, esta me recordaba, burlona, años aún más lejanos: aquellos en los que «le hacías la pelota a mi padre». No es cuestión de discutirlo; yo era estudiante de cuarto de carrera y él, catedrático y director del departamento de Historia de América de la Universidad Complutense. Es magnífico que hoy tantos estemos dispuestos a «hacerle la pelota» sin interés, sin excusas, por amistad y agradecimiento.

«El historiador que no sabe filosofía nunca pasará de ser un cronista y el filósofo que no sepa historia seguirá sumergido en el paganismo; paganismo piadoso, si acaso, pero paganismo.» Hace unos años defendí esta posición en una reunión de departamento. El tono y las frases son míos, pero —me atrevo a afirmar— sintetizan lo que don Mario me ha enseñado. Lo realmente importante: no todo lo que sabe ni cómo podemos saberlo; sino en qué consiste el oficio de historiador.

La Historia no es contar, la Historia no es reconstruir, ni recordar ni, por supuesto, juzgar. El pasado, por definición, es inmutable y no se sabe —qué absurda es la frase «tú, que eres historiador, sabrás»—; se estudia, se avanza en su conocimiento, siempre se profundiza. Sin embargo, tampoco se trata de técnicas, de depurar el estudio de las fuentes o de profundizar la solidez de las hipótesis. Se impone una reflexión sobre el ser de la historia y la condición de la Historia y, por eso, se impone la filosofía; la filosofía que, en repetidas ocasiones, ha definido Mario Hernández Sánchez-Barba como la totalidad del conocimiento; es decir, la idea de que todo está relacionado, vinculado mediante numerosos hilos al todo-realidad que es la persona.

Requiere todo eso porque, en mi opinión, su pensamiento se alimenta de dos convicciones profundas. En repetidas ocasiones ha reflexionado sobre la relación entre el pasado —del que ya no se puede alterar nada, pero que, al mismo tiempo, está de algún modo vigente en el hoy—, el presente, en su inaprensible fugacidad, y lo venidero, abierto a la posibilidad de intervención por estar aún en trance de devenir. Y esta reflexión lleva a una convicción: nuestra única posibilidad de conocimiento se asienta sobre el pasado, sobre la experiencia, sobre la historia.

Más profunda es la otra convicción, soporte de una tradición cultural milenaria: lo que sucede en la historia es decisivo; la historia no se repite, la historia no son «accidentes», es novedad, posibilidad, libertad; es decir, todo lo contrario a una jaula pagana en donde el hombre vive y, más bien, muere presa del destino.

Si, como escribe el profesor Mario Hernández Sánchez-Barba, «la persona misma, mediante su iniciativa, es responsable de las innovaciones que puedan ocurrir en la dialéctica histórica», todos nosotros estamos aquí porque nos ha concitado la excepcional dimensión de su «iniciativa».